

Recordando a Selva López. Colega, maestra, amiga.

En realidad es muy difícil escribir algo para recordar a Selva López, no porque no haya nada que decir, sino por el contrario, por temor a dejar de lado algo importante. Lo básico, sin duda, es que fue una profesora de historia extraordinaria. Hubo cientos de estudiantes –en el liceo, en el IPA y en distintos ámbitos universitarios– que tuvieron el privilegio de ser sus alumnos. Los que fuimos sus practicantes, que no fuimos pocos, tenemos ese recuerdo. Oscila, seguramente, entre el deslumbramiento de lo que pasaba allá delante del pizarrón y la duda de qué pasaría cuando estuviéramos allí, solos, pero sintiéndonos acompañados. De hecho enseñaba a la vez historia y cómo enseñarla –en el liceo y en su casa, siempre abierta a compartir saberes y sabores, caseros– entre la actualización radical y la pasión, no menos radical. Leer el 'cuaderno de Kapelusz' sobre la expansión europea por momentos era como escucharla dar clase.

Naturalmente, la dictadura la sacó de las aulas y también del país, concediendo a otros el privilegio de ser sus alumnos, sus tesis y sus colegas. También le dio, involuntariamente, la oportunidad para continuar con su formación académica. En su derrotero por México, Venezuela y Brasil, se dio permiso para poner un pie en los terrenos vecinos de la historia: la ciencia política, la filosofía, y otros campos de saber que le dieron herramientas para mirar con otros ojos el presente político y militar latinoamericano. De esto dan cuenta sus numerosas publicaciones, en Uruguay y Brasil principalmente, y sus participaciones en distintos eventos nacionales e internacionales. Sin embargo, la exploración de estos nuevos campos de saber no la alejaron de su pasión inicial: la enseñanza de la historia. Así estuvo activamente comprometida con las miradas críticas al plan de reforma de 1996, en defensa –precisamente– de la enseñanza de la historia. Fue en ese año que se convirtió en presidenta de APHU.

En algún momento comentó que estaba nerviosa porque en unos días tendría la prueba final, oral, para obtener un puesto importante en la Universidad de Santa María. Por unanimidad, todos los que estábamos en esa conversación sentimos lástima por su contrincante, y así fue. No hubo dudas. Estuvo en ese cargo hasta que la edad reglamentaria ganó la partida, y volvió a casa.

Era, finalmente, de Melo. Allí nació y creció, y aunque vivió muchos años en Montevideo y en el extranjero, nunca perdió el vínculo con su Melo natal y con sus padres, a quienes cuidó amorosamente hasta el final, en la casa de siempre. Allí estaban el jardín y las flores, esas que nunca dejó de extrañar, desde Montevideo o desde algún lugar de Brasil o de México.

Ana Zavala